



Identidad y cultura indígena en movimiento

OLIVIA N. PETRESCU

Universitatea Babeş-Bolyai, Cluj-Napoca

olivia.petrescu@gmail.com

Palabras clave

indígenas;
cronología;
Hispanoamérica;
cultura; identidad.

La historia y la cultura del continente latinoamericano fundamentan sus bases en las experiencias pasadas de los pueblos indígenas, desde donde se han moldeado sus identidades actuales, tras la confrontación con los modelos criollos y mestizos. Sea étnica o cultural, la dimensión identitaria de los principales pueblos de Hispanoamérica está moviéndose, cronológicamente, al compás de los acontecimientos históricos y sociales. Entre ellos, se destacan como momentos claves la etapa precolombina, la llegada de los conquistadores, la independencia de las jóvenes repúblicas y la creación de algunas entidades oficiales modernas que respaldan el reconocimiento cultural, étnico y jurídico-político de los amerindios.

El presente estudio se plantea arrojar luz sobre la identidad indígena de Hispanoamérica, tanto diacrónica como sincrónica, con el propósito de reflexionar sobre su reelaboración constante, apoyada en episodios emblemáticos y confrontaciones con otras identidades foráneas. Aunque cada siglo aportó sus propios desafíos, esas poblaciones han continuado la lucha por sus derechos en contra de las uniformizaciones estatales impuestas, llevando consigo el escudo de la autenticidad y de la reinención permanente.

1. Identidad cultural e identidad étnica

El continente hispanoamericano ha sido considerado uno de los lugares más enigmáticos del planeta, un espacio que ha despertado atracción, curiosidad y fascinación para muchos viajeros, conquistadores, aventureros, investigadores, historiadores, antropólogos o escritores. Quizás el enigma se deba tanto al desconocimiento en profundidad de unas culturas tan diferentes a las europeas, como a la desaparición de muchos elementos reveladores, sobre todo después de la invasión del Viejo Mundo en el año 1492.

Cabe afirmar que la cultura hispanoamericana ha sido definitivamente marcada por la convivencia, a lo largo de tres siglos, de los colonizadores españoles con los amerindios, es decir los autóctonos de esos territorios. Se trataba de comunidades, pueblos o sociedades independientes, cuya identidad ha venido definiéndose por el contraste, es decir por la relación dialéctica entre dos o más civilizaciones en interacción. A las existentes hasta la llegada de Cristóbal Colón, el primer soñador que pisó la costa americana, se las denominó *civilizaciones precolombinas*, como referencia a su universo cultural y étnico mucho más estático que el europeo o asiático.

En efecto, los aborígenes o amerindios han contribuido decisivamente a la formación de la identidad latinoamericana, que analizaremos en primer lugar, de forma diacrónica, teniendo como referencia la conquista de territorios, la evangelización y su explotación por parte de la

Corona española. En segundo lugar, observaremos sincrónicamente la situación de tales etnias, su apego a la tierra y a las tradiciones, y también algunas cuestiones sociales, políticas y situacionales que determinan un *modus vivendi* en movimiento.

De hecho, la tradición antropológica ha destacado que al estudiar los orígenes y la evolución de cualquier identidad, estos no deben confundirse con los fenómenos culturales, incluso si los dos conceptos parecen solaparse: *identidad étnica* e *identidad cultural*. Para diferenciarlos, partimos de la idea del antropólogo Miguel Alberto Bartolomé (1997: 75) de que la identidad colectiva tiende a reflejar las normas culturales de una sociedad, pero no depende exclusivamente de ellas, considerando que las filiaciones culturales pueden ser propias, adoptadas o híbridas y suelen estar sujetas a cambios en el tiempo.

Por ejemplo, refiriéndonos a la identidad contemporánea de un descendiente de la tribu *maya* de la Península de Yucatán (México), tal individuo no se percibe como un constructor de pirámides, aunque viva cerca de los vestigios del glorioso pasado que representa la memoria viva de esa cultura. Por lo contrario, se considera a sí mismo un agricultor o un trabajador que a la vez sigue llamándose *maya*. Consecuentemente, la identidad étnica no contempla obligatoriamente una determinada base histórica, sino la etapa actual de una tradición, independientemente de si ésta contiene o no referencias mítico-mágicas en la memoria colectiva.

Por tanto, a partir de la historicidad, la identidad étnica no es primordial, por su carácter cambiante, diríamos híbrido, por lo que debemos entender la historia y “reconocer en la historia una memoria viva, a partir de la cual construimos identidades, no una lista interminable de datos, nombres y eventos fuera de contexto” (Triana, 2014: 61).

Otro ejemplo hibridado y en movimiento sería el caso de un indígena mexicano que emigra a una zona urbana y que relacionará inevitablemente su repertorio cultural con el nuevo espacio, ya que la identidad se adapta o redefine según el territorio elegido, sin excluir su componente étnico. Asimismo, un grupo o una nación etnolingüística no generan necesariamente una cultura exclusiva, siendo una amplia variedad de identidades distintas que se manifiestan en simbiosis, absorbiendo numerosas interferencias mutuas, tal como sucedió en las principales tribus de América, destacadas en la figura 1¹.



Figura 1. Principales pueblos precolombinos

De ahí que, para comprender el tema de las culturas indígenas y su identidad, se requiera una breve cronología del surgimiento, desarrollo, declive o incluso desaparición de esos pueblos, dada la gran área cubierta y los diferentes períodos de evolución, a lo que se suma la precariedad de los datos y extinción temprana de testimonios fidedignos.

¹Fernández, Alba (2018). Los imperios perdidos de Sudamérica, *La Vanguardia*. Disponible en: <https://www.lavanguardia.com/vida/junior-report/20181010/452270650964/civilizaciones-precolombinas-imperio-azteca-inca-maya.html>. [Última consulta: 10 de junio de 2020].

2. Cronología de culturas amerindias

2.1. Pueblos prehistóricos y precolombinos

Según la mayoría de las investigaciones, los primeros testimonios de la prehistoria de América datan del año 35.000 a. C., fecha de la que se encontraron rastros de haberse cruzado el estrecho de Bering, aunque los primeros vestigios de la presencia humana en el actual territorio mexicano se sitúan alrededor del 20.000 a. C. La evolución de los humanoides continuó así, pasando de la etapa de cazador-recolector a agricultor (incluso cultivador de maíz) y alfarero (León-Portilla, 1990: 4-5), y luego criador de animales, que coincidió con el establecimiento de un régimen menos nómada y la aparición de los primeros asentamientos.

Así, la cronología de Mesoamérica, entendiendo por ese espacio la zona central y sureña de México, junto con los territorios de los estados de Belice, Guatemala, El Salvador y Honduras, se dividiría en tres periodos definitorios: preclásico, clásico y posclásico, según el grado de civilización alcanzado antes de que América fuera colonizada.



Figura 2. Culturas indígenas destacadas en Mesoamérica²

Durante la primera etapa apareció una tribu que habitaba la región de los estados mexicanos de Veracruz y Tabasco: la cultura *olmeca*. Ilustraron un grado avanzado de civilización, mediante la construcción de lugares de culto religiosos que a veces servían como necrópolis. Los antropólogos señalaron la existencia de vastos mercados, lo que sugeriría que las procesiones religiosas se celebraban al aire libre. También hubo bastante temprano una división del trabajo entre ellos, algunos practicaban la agricultura, mientras que otros se especializaban en diversas artesanías. Además, la influencia de la cultura olmeca se notó desde el año 600 a. C., dando origen a núcleos de poblados bien desarrollados, que se convertirían en ciudades importantes en el período clásico. Una metrópoli característica de ese período es Teotihuacán, la ciudadela de los dioses, cuyos habitantes, antecesores de los aztecas, hablaban una especie de dialecto de la lengua náhuatl, una de las lenguas más extendidas en Mesoamérica. Además de la tribu teotihuacana, había otras naciones importantes en el área mesoamericana, incluida la cultura *maya* y *zapoteca* por la zona de Yucatán y, respectivamente, el actual estado de Oaxaca (León-Portilla, 1990: 6-7).

² Disponible en: <https://h5p.org/h5p/embed/413866>. [Última consulta: 12 de septiembre de 2020].

En el período posclásico, surgieron otras culturas, por ejemplo la cultura *mixteca*, en el valle de Oaxaca, algún tiempo después de los zapotecas; luego los *toltecas*, pueblo que vivió en la ciudad de Teotihuacán después de su decadencia, fundando la ciudad de Tula, en la cercanía de los aztecas y su capital, México-Tenochtitlán. De hecho, el régimen medio nómada, el hambre, las guerras y la eterna búsqueda de tierras fértiles llevaron a la sucesión de innumerables tribus que poblaron y despoblaron los territorios, algunas menos importantes en número y nivel de civilización (la lista incluye a los *cabitas*, *pimas*, *coras* y *huicholes*, pero está lejos de ser exhaustiva). Sin embargo, la memoria colectiva conserva la impronta de dos nombres emblemáticos, razón por la cual nuestra incursión diacrónica está dirigida específicamente a los *mayas* y *aztecas*.

Según los historiadores, los *mayas* ocuparon la Península de Yucatán, los territorios bajos y altos de los estados mexicanos de Tabasco y Chiapas, así como los actuales estados de Guatemala, Belice y algunas regiones de El Salvador y Honduras. Su civilización alcanzó su apogeo entre los años 750 a. C. y 950 a. C. Nos consta que los mayas construyeron más de cincuenta asentamientos notables, lo que hoy se conoce como la *Ruta Maya*, un enigmático viaje a una de las siete maravillas del mundo, tal como se considera el enorme sitio arqueológico de Chichén-Itzá (Yucatán), Piedras Negras, Quiriguá (Guatemala) y también Copán (Honduras), entre tantos otros. Sin embargo, estas localidades no eran simples núcleos místicos, ya que al lado de los santuarios y edificios donde vivían los líderes religiosos, existía una especie de barrios para la gente corriente. Ello proporciona una pista para el análisis de las clases sociales en ese momento. Así, dentro de la sociedad maya se da la convivencia de al menos tres niveles sociales bien definidos: una minoría de agricultores y la mayoría de quienes representaban a la clase dominante: líderes militares, guerreros y sacerdotes (León-Portilla, 1990: 7-8). Además, existían esclavos cuya obligación era trabajar para los gobernantes, los que poseían la tierra a su voluntad, en el sentido de que había latifundios que pertenecían al estado y otros que constituían pertenencias individuales de las tribus (Lorenzo Ochoa, 1999: 194).

De todas maneras, lo que realmente convirtió la cultura maya en un verdadero prototipo de progreso han sido los logros culturales. Nos referimos aquí a sus creaciones artísticas (bajorrelieves y murales), a la arquitectura (falsa bóveda), al sistema de escritura propio, los calendarios y la aritmética o el llamado *Popol Vuh* o “Libro de Consejos”, compendio de mitos e historias tradicionales de los pueblos *mayas-quiché*. Para la difusión de tales conocimientos, cabe destacar el papel protagónico de los sacerdotes en la evolución cultural de todo continente, dada su valiosa cultura pluridisciplinaria.

Unos siglos después del apogeo maya, en el año 1325, es decir, al final del período posclásico, un pueblo llamado *mexica* o *azteca* se asentó en la isla de Tenochtitlán, ubicada en el centro de México, e instituyó el Imperio azteca. Lo que la historia confirmó fue su llegada desde el norte, detalle presente en los textos aztecas, lo que revelaba su apetito por el poder y la hegemonía territorial. En este sentido, mencionamos la existencia de la clase dominante, los *pipiltin*, dentro de la cual había varios rangos de nobleza, como los *tlazo-pipiltin*, descendientes de los líderes más importantes. De hecho, la mayoría de los logros aztecas fueron el resultado del ingenio e imposición de los mandos de los gobernantes: la urbanización, las rutas comerciales, el aparato administrativo, la existencia de mercados locales, el sistema educativo y político-militar, y el intento de adoptar una lengua franca en Mesoamérica: el *náhuatl*. Además, la cultura azteca abarcó también la faceta más oscura de sacrificios y ofrendas humanas, rituales y credos politeístas, con una clara inclinación hacia la espiritualidad, aunque esta fuera ejercida a través de un cauce más salvaje, incluso violento.

Aún más, si las grandes ciudades de Petén, Chiapas y Belice desaparecieron a fines del siglo IX, la civilización maya logró sobrevivir el mayor tiempo posible en Yucatán, hasta la llegada de los españoles. Luego, cayó en el olvido por la indiferencia de los occidentales y fue redescubierta por curiosos, poetas e investigadores, a partir de un impulso romántico, ávido de culturas exóticas. Consecuentemente, gracias a los empeños del siglo pasado se eliminó la versión idílica de un pueblo pacifista, poniendo de relieve más bien su lado profundamente religioso, los sacrificios sangrientos y su total fragilidad: guerreros, orgullosos, sujetos a errores... pero que les hace aún más humanos.



Figura 3. La expansión de los territorios incaicos

Se caracterizaban como *hijos del sol*, y el imperio creado no fue solo una ambición política, sino también civilizadora. Es más, los *incas* querían compartir con otros pueblos el conocimiento superior que promovían, eliminando, por ejemplo, algunas prácticas primitivas como el incesto o el canibalismo, porque, efectivamente, la familia era considerada el pilar de la sociedad (40-44).

El mismo estudioso afirma que “los incas fueron esencialmente buenos organizadores, promotores de intercambios interétnicos, constructores de ciudades, monumentos, redes de comunicación, infraestructuras hidráulicas” (44). Asimismo, hay que evocar su profunda espiritualidad, que jugó un papel relevante en todas las culturas indígenas; así, la figura divina suprema era Inti, el dios Sol, signo de la potestad inca, también considerado su antepasado directo.

Como tal, consideramos que la religión y la política del imperio estaban orgánicamente conectadas para ejercer el poder, eje de la civilización del famoso Machu Picchu. En otras palabras, en los años previos a la conquista española, el Nuevo Mundo representó un verdadero abanico de pueblos y etnias, en un mosaico vivo de guerras y periodos destinados a ostentar su hegemonía política y social y aportación cultural al espacio amerindio: enseñanzas e

De hecho, muchos pueblos indígenas dejaron étnica y culturalmente huellas por los territorios de Centro y Sudamérica, pero teniendo en cuenta el abrumador legado de los mayas y aztecas, nos atreveríamos a decir que esa es la razón por la que todas las demás regiones centrales de América Latina se asocian a menudo con las dos grandes civilizaciones precolombinas, junto con la tercera del mismo calibre, es decir la cultura *inca* de América del Sur.

“A principios del siglo XIII, alrededor de 1200, una tribu de habla india de lengua *quechua* apareció en la región de Cuzco [Perú] e inmediatamente adoptó el nombre de su jefe: Inca” (Baudouin, 2012: 31). Esta tribu estableció gradualmente la Confederación del Cuzco y, en el año 1438, el famoso Imperio inca, originalmente llamado *Tawantinsuyu*. Las fuentes confirman que nuestra en la figura 3³, tratándose de unos cuatro mil

³ Disponible en: <http://numerentur.org/incas/>. [Última consulta: 12 de octubre de 2020].

identidades que después se convertirían en fundamentos de las futuras sociedades latinoamericanas.

2.2. *Identidades americanas hispanas en movimiento*

El problema de la identidad de una cultura no surge mientras no intervenga una diferencia o reflejo imperfecto entre ella y las demás foráneas. Por consiguiente, la identidad viene cuajándose en un sistema, tanto subjetivo como objetivo, de autodefensa frente a lo que se considera como una posible *amenaza privativa*. Precisamente por eso, los pueblos primitivos que vivían aislados no se habían planteado la cuestión de definirse hasta que se enfrentaron con los intrusos en su territorio. De la misma manera, el mismo estudioso Bartolomé afirma que la modalidad por la cual se percibe a los *otros* estará también condicionada por la forma en que se perciba a *nosotros*, insistiendo en el hecho de que “una autoconceptualización positiva influirá en la percepción de los otros tanto como una negativa; en ambos casos los distintos al *nosotros* social serán vistos como inferiores, iguales o superiores respectivamente” (1997: 78). Dicho de otra forma, se trata de una relación dialéctica que se matiza en el movimiento de las interacciones étnicas y alternancias de posiciones de poder y empujes culturales.

Por otra parte, estas diferencias ajustan la presión y la intimidación sobre su propia integridad, y consecuentemente, la identidad étnica se proclama con más fuerza, pero pacíficamente, en las sociedades interferidas, destacando lo que tienen específicamente en la historia (el caso de los pueblos latinoamericanos), y asimismo en las empresas exportadoras de sistemas culturales (la cultura europea o, más recientemente, la estadounidense). Según aseveraba T. S. Eliot, esa presión ejercida es unívoca, porque cuando una persona no entiende a otra persona y tampoco le resulta posible ignorarla, inconscientemente desplegará sobre el otro su autoridad o influencia para convertirlo en algo comprensible ([1948] 1984: 93).

Así, desde el punto de vista europeo y norteamericano, América Latina viene configurada como una imagen invertida y distorsionada de los dos continentes, revelando un espacio donde todas las normas, reglas, directivas occidentales parecen más difusas o flexibles. Ante esta reflexión incompleta, los europeos, ibéricos, amerindios, afroamericanos que pueblan los territorios amalgamados, dan la impresión de crisol cultural en movimiento, lo que afecta temporalmente al enfoque racional y uniformizado, vislumbrando culturas curiosas y apasionadas, no enteramente reconocibles.

Por una comparación alegórica con la obra shakespeariana *La Tempestad* (*The Tempest*), el descubrimiento y la colonización de América fueron episodios traumáticos, en los que se enfrentaron: Próspero, metáfora de una Europa impulsada por deseos de inculcar su espíritu a tierras y pueblos de otro mundo; Ariel, el intelectual y narrador de la historia, de lo visible y lo invisible; y Calibán, el primitivo que se metamorfoseará en caníbal y se convertirá gradualmente en un desafío. Él mismo reconoce que Próspero y Ariel le han enseñado su idioma y se lo agradece diciéndoles que siempre sabrá maldecir, actitud preocupante para Próspero, que confiesa: “Calibán nos sorprenderá” (Morse, 1982: 7-8; 169). Semejante paradigma sobre la definición del Nuevo Mundo proyecta la diferencia semántica entre *descubrir* e *inventar*. En definitiva, el descubrimiento consiste en lograr resaltar algo desconocido, lejano u oculto, que existe en un determinado lugar y tiempo; inventar significa juntar elementos naturales y artificiales, componiendo una realidad específica con significado, la que antes no existía.

Al mismo tiempo, “conquistar [...] puede significar colonizar, pero también puede expresar invadir, saquear y avanzar”, según el autor John Elliott (1990: 125, 128). Incluso después de más de medio milenio, la conquista española sigue siendo el tema central de un debate histórico

en el que españoles y latinoamericanos no siempre encuentran un denominador común. Dado que este evento puede considerarse controvertido, elegiremos únicamente los temas relevantes para nuestro enfoque sobre los pueblos indígenas de América Latina.

El 3 de agosto de 1492, Cristóbal Colón inició el primer viaje de los cuatro que iba a emprender hacia lo que se creía que eran las Indias (de hecho, se trataba de las Antillas). Sin embargo, el escepticismo se generalizaba, especialmente dentro de la Corona, bajo la duda de que si había llegado o no al Oriente o a otras tierras. El problema no se resolvió entonces, ya que las preocupaciones de los Reyes Católicos se centraban en asegurar la buena organización y explotación económica de los nuevos territorios (Elliott, 1990: 134).

De todas maneras, las expediciones de Colón representaron el comienzo de la expansión hispana que acabó con la conquista de la América precolombina. Entre muchos, hubo otros tres líderes que lograron someter incluso a los pueblos más avanzados culturalmente, y nos referimos especialmente a Hernán Cortés (conquista de los aztecas entre 1519-1521), Francisco Pizarro (destrucción de los incas entre 1531-1533) y Gonzalo Jiménez de Quesada (subyugación de la familia chibcha o muiscas, 1536-1538).

Lo que definitivamente ha marcado la historia es cómo fueron tratados los llamados indios durante todo el proceso de *colonización, explotación y evangelización*. Parece que los españoles expresaron desde el principio el deseo de esclavizar a los aborígenes. La evidencia consta después del segundo viaje de Colón, cuando a la vuelta se embarcaron indios caribeños con el propósito de venderlos como esclavos (136).

Si el primer contacto con las poblaciones amerindias muestra un intento de subyugar a los nativos e incluso su explotación como esclavos, las siguientes expediciones, lideradas por otros conquistadores más sedientos de someter diferentes zonas del continente latinoamericano, siguen el mismo camino. El estudioso Alberto Oriz Bes confirma esos datos, enfatizando que “la esclavitud fue el primer sistema de trabajo no solo en el Caribe, sino en todas las regiones a medida que iban siendo conquistadas” (2015: 196).

Todo ello lleva a la conclusión de que la relación entre españoles e indígenas era sumamente compleja. En este sentido, el autor Nathan Wachtel considera que la reacción de los nativos americanos a la invasión de los españoles fue diferente: “[...] de la resistencia pasiva a la hostilidad constante”, con evidencias de rebelión, conflicto, tortura y exterminio. Además, las enfermedades que trajeron los españoles a América parecen haber sido una de las principales causas del aumento con creces de la mortalidad, además de las epidemias, largos períodos de guerras, suicidios y fuertes caídas de la natalidad (1990: 170, 175-176).

En otras palabras, la conquista de Hispanoamérica se podría definir como un proceso difícil de descifrar y cuya complejidad es irrefutable. En función de las épocas históricas, especialmente después del siglo XVIII y la proclamación de las repúblicas independientes de la dominación colonial, la noción de ciudadano americano se concretó como perteneciente a un pueblo, para que más tarde, la idea de América y la *americanidad*, es decir la conciencia nacional, representara el efecto de un proceso de acomodación permanente. Por consiguiente, según las épocas y la originalidad de expresión de cada país, las expresiones artísticas y culturales han resaltado la especificidad *criolla*, indígena, hispana, americana, africana, europea o mestiza. El objetivo era evidenciar una identidad, tanto nacional como regional o continental, despertando el llamado *panamericanismo*, a raíz de las primeras reivindicaciones sociales y políticas que tanto motivaron a Simón Bolívar o José de San Martín.

Un cuadro sinóptico diferente, pero con la misma connotación, que acompañó cada etapa histórica en tantas campañas publicitarias y discursos políticos, nos permite observar una

recurrencia casi obsesiva en torno a una terminología que insistía en reivindicar el pasado, combatir las ideas ajenas, evitar cualquier tipo de alienación o huella de imperialismo cultural bajo cualquier influencia foránea.

Algunos analistas han afirmado que la historia de América Latina, incluidas las Antillas y México, representa un capítulo de la occidentalización del mundo, una visión que nos parece un intento de consuelo criollo y un subterfugio, más que una corriente dominante; por otro lado, quizás la única imposición tajante fue la religión católica, que encontró un terreno aún más fértil que en el espacio europeo, por lo que no podemos estar de acuerdo con la teoría de la *occidentalización*. Ni siquiera en la literatura se puede afirmar que haya habido una *repatriación* de valores, sino, al contrario, un fructífero mestizaje de algunas experiencias europeas con las autóctonas, indudablemente transfiguradas y renovadas.

2.3. Culturas indígenas en la modernidad

Según Xavier Albó, la cronología de los pueblos amerindios se desarrollaría en tres grandes etapas: la colonial, la formación de repúblicas independientes neocoloniales y el período *asimilacionista* del siglo XX (2009: 986-988).

Si tuviéramos que sintetizar cada etapa, en la primera cabe destacar los principales fenómenos políticos y socio-culturales: el sometimiento de los aborígenes, el cristianismo en nombre de la Iglesia Católica, la educación especialmente en el espíritu de las instituciones jesuitas, la organización territorial en virreynatos dependientes de la Corona española y la resistencia indígena perpetuada, siendo los más conocidos los casos de los *mapuches* en Chile y los *guaraníes chiriguano*s en Bolivia. La mayoría, sin embargo, fueron reprimidos por regímenes republicanos, a finales del siglo XIX, tal como apunta el mismo historiador (986).



Figura 4. La independencia de los territorios americanos⁴

En cambio, la segunda etapa estuvo marcada por la Ilustración francesa y la crisis de la monarquía absolutista (británica, francesa o española), y supuso un cambio de paradigma para todos los territorios americanos. Así, se constituyó el telón de fondo para muchos procesos independentistas, frenando un poco los apetitos colonizadores más antiguos o más recientes.

En el contexto hispano, surgieron líderes cuyo afán libertador ayudó a que se proclamaran, con pocas excepciones, las jóvenes repúblicas independientes de una España decadente y

⁴Disponible en: <http://histocliop.blogspot.com/2013/01/breve-atlas-de-historia-de-espana-iv-la.html/>. [Última consulta: 12 de febrero de 2021].

pesimista. De forma paulatina, pero segura, las clases dominantes formadas por líderes criollos oligárquicos, liberales o conservadores, explotaban las tierras indígenas para diversos fines puramente mercantiles, mientras que a los nativos se les prohibía cualquier derecho y representación política, estando a menudo obligados incluso a pagar un tributo indígena por su condición, idea arraigada en la mentalidad feudal.

Además, cabe destacar otro aspecto importante, como la continuación de las rebeliones y motines organizados por los amerindios, motivados por verdaderos héroes que sacrificaron sus vidas militando por sus pueblos, como lo hizo, entre otros, Fernando Daquilema en Ecuador (1871). Todo ello desencadenó el llamado *problema indio*, que fue, de hecho, un pretexto para perpetuar su explotación y el mantenimiento de su ignorancia y analfabetismo.

Sin duda alguna, el siglo XX y la etapa asimilacionista o integradora comenzaron bajo auspicios prometedores, mientras que los nativos americanos trataban de encontrar su cauce en las nuevas sociedades latinoamericanas. Uno de los momentos emblemáticos fue la Revolución Mexicana contra el dictador Porfirio Díaz en el año 1917, fenómeno que promovió el modelo híbrido de la *raza cósmica*, fruto de una simbiosis cultural plena en la que se diluyeron identidades anteriores (Albó, 2009: 988). Este prototipo sirvió como ejemplo para otros países americanos a principios del siglo XX, creándose los primeros institutos y organizaciones políticas y culturales representativas de los pueblos indígenas.

En nuestra opinión, se han configurado identidades étnicas en movimiento, basadas en componentes culturales emblemáticos, empezando con la lengua, la religión híbrida, el modo de vida, la indumentaria y los patrones alimentarios para alcanzar hasta el sistema político y económico, siempre en un proceso de confrontación con los *otros*. Más aún, el mantenimiento durante siglos de lenguas, tradiciones y movimientos significativos, a pesar de las compulsiones coloniales, indica la presencia de un espacio interior de las sociedades colonizadas y su *cultura de resistencia*. En este sentido, se trata de una cultura que alude “a un aspecto de la dinámica interna de las sociedades indígenas, orientada implícita y explícitamente hacia la práctica de una herencia cultural de tradición mesoamericana codificada en términos propios de cada sociedad nativa” (Bartolomé, 1997: 80).

Hoy día, aunque los pueblos indígenas mestizos no se han integrado plenamente en las sociedades hispanoamericanas, sus voces se pueden escuchar a través de organismos nacionales e internacionales, como, por ejemplo, la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia y las Naciones Unidas, entidades defensoras de la igualdad de oportunidades y la integración social de los amerindios. En este sentido, el papel de la lengua, la historia, el sistema económico y la participación política resulta fundamental en las reivindicaciones identitarias, empleadas por los movimientos etno-políticos contemporáneos.

Según las estadísticas, 522 pueblos indígenas de origen precolombino aún viven en América Latina, siendo las más conocidas las tribus *quechua*, *nahua*, *aymara*, *maya* y *mapuche*, culturas de una profunda raíz vernácula. Representarían un total de 28.858.580 personas (Sichra, 2009: 5-7, 13), aunque se da una evidente discrepancia en cuanto a su densidad poblacional. Por un lado, tenemos países como Guatemala y Bolivia, que concentran el mayor número de familias indígenas y, por otro lado, países como El Salvador, Costa Rica, Argentina o Paraguay, que registran un porcentaje muy bajo.

Al mismo tiempo, en el siglo XX y los primeros años del XXI surgieron varias organizaciones de apoyo a esos pueblos y se crearon acuerdos y políticas en materia de derechos indígenas. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) sostiene que los documentos considerados como pilares jurídicos fundamentales serían: “*El Convenio sobre*

Pueblos Indígenas y Tribales, 1989 (Núm. 169) de la OIT, que reconoce por primera vez sus derechos colectivos, y la *Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas* (2007), que plantea el derecho de dichos pueblos a la libre determinación” (2014: 15).

Para finalizar, en el siglo XXI, la tendencia general es la redacción de tales documentos con el fin de mejorar la situación de los pueblos indígenas latinoamericanos que, sin lugar a dudas, representan un elemento importante en las sociedades latinas. De hecho, aceptar esta realidad es el primer paso hacia la integración.

Como corolario a este capítulo en el que intentamos resaltar la faceta indígena de América Latina, especialmente desde una perspectiva cronológica, creemos que su estado actual refleja el movimiento de los nativos americanos, a través de los siglos y las manifestaciones culturales. Aunque la tendencia general es la redacción de documentos y convenios con el fin de mejorar la situación de los pueblos indígenas, queda aún mucho camino por recorrer y aceptar su realidad es el primer paso hacia su íntegro reconocimiento.

Conclusiones

A veces se ha argumentado que los movimientos étnicos pueden conducir a la creación de nuevas *identidades colectivas* (Stavenhagen, 1997: 13), y que solamente algún tiempo después tales comunidades recibirán el apoyo mayoritario y su representación en las entidades socio-políticas. Personalmente, creemos que los movimientos no construyen nuevas identidades, sino facetas colectivas de autenticidad de cada tribu, pueblo, cultura, dinamizadas por la creciente interacción interétnica presente y la revalorización de las pasadas.

Asimismo, la dinámica de los modelos culturales sometidos a reinversiones constantes refleja que la dimensión civilizatoria de lo étnico no remite exclusivamente a experiencias del pasado, sino también a vivencias presentes y proyecciones del futuro.

Al mismo tiempo, las etapas híbridadas y asimilacionistas podrían aspirar a moldear los futuros pueblos indígenas de América Latina, entendidos como comunidades sociales de la misma identidad, reconocimiento que hasta ahora ha disfrutado únicamente el pueblo *aymara* de Bolivia (García Linera, 2005). En este sentido, lo más probable es que haya una evolución de identidades, estructuradas en base a la diversidad interna de los grupos constituyentes y no según la uniformidad generada por una región o un estado. Al mismo tiempo, nos preguntamos si no fue la propia atomización de las comunidades étnicas lo que favoreció su continuidad y reproducción durante siglos, a pesar de estructuras políticas centralizadas y de difícil implementación.

En otras palabras, mientras no se abandonen los modelos teóricos generalizadores y homogéneos, el indigenismo y las culturas amerindias contemporáneas seguirán reduciendo su identidad a su entorno familiar y a la memoria de un pasado glorioso aún no conocido del todo.

BIBLIOGRAFÍA:

ALBÓ, Xavier (2009). Del indio negado al permitido y al protagónico en América Latina. In Inge SICHRA (coord. y ed.), *Atlas sociolingüístico de pueblos indígenas en América Latina*. Tomo 2 (pp. 979-1004). Quito, UNICEF/AECID/FUNPROEIB Andes. Disponible en: <https://www.unicef.org/lac/informes/atlas-sociolingüístico-de-pueblos-indígenas-en-ALC> [Última consulta: 15 de agosto de 2020].

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto (2005). Los rostros étnicos de México. Introducción a *Visiones de la Diversidad: relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual*. In Miguel Alberto BARTOLOMÉ (coord.), 4 Tomos, (prensa). México: INAH.

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto (1997). *Gente de Costumbre y Gente de Razón. Las identidades étnicas en México*. México: Siglo XXI Editores & Instituto Nacional Indigenista.

BAUDOUIN, Bernard (2012). *Los incas. Los adoradores del Dios Sol*. Barcelona: De Vecchi. Disponible en: <https://www.scribd.com/read/273591819/Los-incas> [Última consulta: 5 de agosto de 2020].

BETHELL, Leslie (ed.) (1990). *Historia de América Latina*. Vol. 1 *América Latina colonial: La América precolombina y la conquista*. Barcelona: Crítica.

CEPAL (2014). *Los pueblos indígenas en América Latina. Avances en el último decenio y retos pendientes para la garantía de sus derechos*. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/37222/S1420521_es.pdf [Última consulta: 20 de julio de 2020].

ELIOT, T. S. ([1948] 1984). *Notas para la definición de la cultura*. Traducción de Félix de AZÚA. Barcelona: Bruguera.

ELLIOTT, John H. (1990). La conquista española y las colonias de América. In Leslie BETHELL (ed.), *Historia de América Latina*. Vol. 1 *América Latina colonial: La América precolombina y la conquista* (pp. 125-169). Barcelona: Crítica.

GARCÍA LINERA, Álvaro (2005). Autonomías indígenas. In Fabiola ESCÁRZAGA & Raquel GUTIÉRREZ (coords.), *Movimiento Indígena en América Latina Resistencia y Proyecto Alternativo*. México: Juan Pablos Ed.

GUERRA VILABOY, Sergio (2014). *Breve historia de América Latina*. La Habana: Ciencias Sociales. Disponible en: <https://www.scribd.com/read/403975805/Breve-historia-de-America-Latina> [Última consulta: 15 de septiembre de 2020].

LEÓN-PORTILLA, Miguel (1990). Mesoamérica antes de 1519. In Leslie BETHELL (ed.), *Historia de América Latina*. Vol. 1 *América Latina colonial: La América precolombina y la conquista* (pp. 3-30). Barcelona: Crítica.

LEÓN-PORTILLA, Miguel (1961). *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

LÓPEZ, Luis Enrique (2009). Pueblos, culturas y lenguas indígenas en América Latina. In Inge SICHRA (coord. y ed.), *Atlas sociolingüístico de pueblos indígenas en América Latina*. Tomo 1 (pp. 19-100). Quito, UNICEF/AECID/FUNPROEIB. Disponible en: <https://www.unicef.org/lac/informes/atlas-sociolingüístico-de-pueblos-indigenas-en-ALC> [Última consulta: 15 de agosto de 2020].

LYNCH, John (1991). Los orígenes de la independencia hispanoamericana. In Leslie BETHELL (ed.), *Historia de América Latina*. Vol. 5 *La Independencia* (pp. 1-40). Barcelona: Crítica.

MORSE, Richard (1982). *El espejo de Próspero (Un estudio de dialéctica sobre el Nuevo Mundo)*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.

OCHOA SALAS, Lorenzo (1999). [La civilización maya en la historia regional mesoamericana](#). In Teresa ROJAS & John MURRA (eds.), *Historia general de América Latina* (pp. 175-198). Francia: Trotta-Unesco.

ORIZ BES, Alberto (2015). Los indígenas en el proceso colonial: leyes jurídicas y la esclavitud. In *Anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en Calatayud*, 21,

189-206. Disponible en: <http://www.calatayud.uned.es/web/actividades/revista-anales/21/03-09-AlbertoOrizBes.pdf> [Última consulta: 15 de abril de 2020].

RODRÍGUEZ, E. (1994). *Filosofía e historia*. Bogotá: Ediciones U.S.T.A. Apud TRIANA, Alejandro (2014). *Las Voces del Silencio. América Precolombina*. Los Gatos: Smashwords. Disponible en: <https://www.scribd.com/read/229972344/Las-Voces-del-Silencio-America-PreColombina> [Última consulta: 15 de octubre de 2020].

SICHTA, Inge (coord. & ed.) (2009). *Atlas sociolingüístico de pueblos indígenas en América Latina*. Tomos 1-2. Quito, UNICEF/AECID/FUNPROEIB Andes. Disponible en: <https://www.unicef.org/lac/informes/atlas-sociolingüístico-de-pueblos-indígenas-en-ALC> [Última consulta: 15.08.2020].

STAVENHAGEN, Rodolfo (1997). Las organizaciones indígenas: actores emergentes en América Latina. In Manuel GUTIÉRREZ ESTÉVEZ (comp.), *Identidades étnicas* (pp. 13-30). Madrid: Casa de América.

TRIANA, Alejandro (2014). *Las Voces del Silencio. América Precolombina*. Los Gatos: Smashwords. Disponible en: <https://www.scribd.com/read/229972344/Las-Voces-del-Silencio-America-PreColombina> [Última consulta: 15 de abril de 2020].

WACHTEL, Nathan (1990). Los indios y la conquista española. In Leslie BETHELL (ed.), *Historia de América Latina*. Vol. 1 *América Latina colonial: La América precolombina y la conquista* (pp. 170-202). Barcelona: Crítica.